

Revista de Filosofía, N° 33, 1999-3, pp. 35-58

## La filosofía religiosa de Simone Weil

### The Religious Philosophy of Simone Weil

*María del Carmen Dolby Múgica*  
*Universidad de Navarra*  
*Cantabria - España*

#### Resumen

En este artículo se estudia un aspecto de la filosofía de Simone Weil, en concreto, la conexión que hace entre desdicha, desgracia, sufrimiento y el amor a Dios. Simone Weil fue sensible al dolor, al sufrimiento y a la desdicha de los otros y quiso dar una solución filosófico-religiosa a este gran problema.

A la vez que analiza las formas implícitas de amor a Dios, profundiza en la huella que deja el sufrimiento en el que lo padece y en la reacción de compasión que ese dolor puede provocar en el que lo contempla y que tiene la capacidad de devolver a la persona que sufre toda su dignidad existencial.

**Palabras clave:** Dios, amor, desdicha, sufrimiento y belleza.

#### Abstract

This review article offers an examination of a facet of Simone Weil's philosophy. It focuses primarily on the connections she makes between misfortune, adversity, suffering, and love of God. Simone Weil was deeply moved by the pain, suffering and misfortune of others, and wanted to give a philosophic-religious solution to this fundamental problem.

In addition to analysing the implicit forms of love of God, she furthers our understanding of the loss that suffering leaves in those who suffer, arguing that it is the reaction of empathy that this suffering may provoke in those who witness it, that has the capacity to return to a suffering person all his existential dignity.

**Key words** God, love, adversity, suffering and beauty.

## 1. Introducción

Simone Weil es una filósofa quizás no demasiado conocida en el mundo Hispanoamericano, aunque últimamente en España, se está despertando un interés cada vez mayor por su legado filosófico que se manifiesta en traducciones de sus obras al español y en diversos estudios llevados a cabo tanto por profesores individuales como por equipos de investigación<sup>1</sup>.

- 1 Véase el libro: WEIL, Simone: *Descifrar el silencio del mundo*, Editorial Trotta, Madrid 1995, edición de REVILLA, Carmen. En él hay una nota bibliográfica muy completa sobre las obras de Simone Weil: ediciones originales y las traducidas al español y una amplia bibliografía sobre la filósofa en francés, inglés, italiano y español, a cargo de M<sup>a</sup> Teresa Generó, de la Universidad de Barcelona en España y colaboradora del Seminario "Filosofía y Género" en cuyo marco se llevan a cabo investigaciones sobre Simone Weil (pp.119-134).

Por mi parte, voy a citar las obras de Simone Weil (ediciones originales y las traducidas al español) que tengan relación con este artículo, obviando todas aquellas que queden fuera de la temática. Asimismo citaré bibliografía sobre Simone Weil que me parece del todo oportuna para poder tener sobre ella un conocimiento serio. Me apoyaré para ello tanto en la nota bibliográfica citada como en otros datos más recientes, debido a que están saliendo a la luz nuevas ediciones en español y en francés.

Obras de Simone Weil:

- *Attente de Dieu*, Introducción y notas de Joseph-Marie Perrin, La Colombe, Editions de Vieux Colombier, París, 1950; también en Fayard, París 1966.
- *Espera de Dios*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954 (traducción de M.E. Valentié).
- *A la espera de Dios*, Prólogo de Carlos Ortega. Editorial Trotta, Madrid 1993 (traducción de M. Tabuyo y A. López).
- *La pesanteur et la grâce*, Introducción de Gustave Thibon. Plon (Coll. L'Epi), París, 1947. Esta obra la extrajo Thibon de los once *Cahiers*.
- *La gravedad y la gracia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1953 (traducción de M.E. Valentié); también en Editorial Trotta, Madrid 1994 (Introducción, traducción y notas de ORTEGA, Carlos).
- *Penseés sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Editorial Gallimard (Coll. Espoir), París 1962.
- *Pensamientos desordenados acerca del amor de Dios*, Editorial Sudamericana; Buenos Aires, 1964 (traducción de M.E. Valentié).
- *Pensamientos desordenados*, Editorial Trotta, Madrid 1995 (traducción de M. Tabuyo y A. López).
- *Lettre à un religieux*, Editorial Gallimard (Coll. Espoir), París, 1951; también en Seuil (Coll. livre de Vie), París, 1974.
- *Carta a un religioso*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954 (traducción de M.E. Valentié); también en Editorial Trotta, Madrid 1998.
- *Intuitions pré-chrétiennes*, Editorial Librairie Arthème Fayard, París, 1985 (próxima

Como gran pensadora que es, su obra no se limita a un campo concreto sino que se abre en un abanico de intereses que van desde el ámbito público, pasando por la acción sindical hasta llegar a un segmento de su pensamiento que podríamos llamar filosófico-religioso.

El principal foco de su atención lo constituyó el sufrimiento de los otros, observado principalmente en las horribles condiciones de trabajo en las fábricas y al que en un principio quería dar una solución sindical a favor de un mundo perfecto y que después se convertiría en una solución filosófico-religiosa.

La temática del artículo se centra en el engarce que lleva a cabo Simone entre desdicha, desgracia, sufrimiento y el amor a Dios, Simone Weil fue sensible al dolor, al sufrimiento y a la desdicha de los otros y quiso dar una solución filosófico-religiosa a este gran problema. Esta va a ser el objeto de este estudio, el ver cómo concibe a Dios desde la perspectiva de la desdicha, un vector vivido y encarnado en su pensamiento, y la desdicha desde la perspectiva de Dios.

Esta temática planteada por Simone Weil forma parte de la naturaleza humana que en modo alguno puede sustraerse al sufrimiento, a la desgracia. A pesar de los avances que se han conseguido, continúa en nuestros días el sufrimiento, no sólo debido a las guerras sino y sobre todo a las condiciones de vida de millones de seres humanos en los países del Tercer Mundo e inclusive en los llamados del Primer Mundo.

Por eso creo que una reflexión profunda como la llevada a cabo por Simone Weil, puede ayudar a comprender y a sobrellevar mejor el sufrimiento, la desdicha que a cada uno le corresponde padecer como ser criatural que es.

publicación en castellano Editorial Trotta)

- *Oeuvres complètes*, Editorial Gallimard, París, en publicación.

Obras sobre Simone Weil:

- PÉTREMENT, Simone, *Vie de Simone Weil*, 1909-1934 (vol. I), 1934-1943 (vol. II), Editorial Fayard, París 1973. En español, *Vida de Simone Weil*, Editorial Trotta, Madrid, 1998.

- PERRIN, J.M. y THIBON, G., *Simone Weil telle que nous l'avons connue*, Editorial La Colombe, París 1967.

- HOURDIN, George, *Simone Weil*, Editions La Découverte, París, 1989; en español, *Simone Weil*, Editorial Luciérnaga, Barcelona 1994.

- ORTEGA, Carlos, *Introducciones a las ediciones españolas de, A la espera de Dios, La gravedad y la gracia*, Editorial Trotta, Madrid 1993 y 1994.

- COURTINE-DENAMY, Sylvie, *Trois femmes dans de sombres temps. Edith Stein, Hannah Arendt, Simone Weil*, Bibliothèque Albin Michel Ideés, París 1997.

## 2. A la espera de Dios

Los textos reunidos bajo el título "A la espera de Dios", son los que Simone Weil dejara al padre J.M. Perrin antes de su partida a Nueva York forzada por la guerra y especialmente por su condición de judía. Según el testimonio del propio Perrin estos textos:

"se cuentan entre los más hermosos que me dejara Simone Weil. Fueron escritos entre enero y junio de 1942 y están todos ellos relacionados de forma más o menos directa con el diálogo que ambos manteníamos, desde el mes de junio del año anterior, a la escucha de la verdad, ella atraída por Cristo, yo, sacerdote desde hacía trece años"<sup>2</sup>.

Este libro de Simone Weil consta de una serie de cartas, la mayoría dirigidas al padre Perrin y de varios ensayos. En primer lugar, quisiera fijarme en algunas de las ideas transmitidas por Simone al padre Perrin a través de sus cartas y que dan cuenta de sus preocupaciones y de su situación personal, aunque bien es verdad que las conversaciones que mantuvieron desbordarían con mucho la propia correspondencia.

El caso de Simone Weil es verdaderamente especial. Preocupada por la desdicha ajena, concretamente la de los proletarios, manifestó al principio de su vida profesional una preocupación que se traduciría sólo en el ámbito de la lucha social y sindical. Nada hacía prever que su pensamiento y su espíritu desembocarían en derroteros metafísicos y religiosos. Como la misma Simone confiesa al padre Perrin en una carta autobiográfica escrita desde Marsella en torno al 15 de mayo de 1942:

"puedo decir que en toda mi vida, *jamás en ningún momento, he buscado a Dios...* en la adolescencia pensaba que carecíamos de los datos necesarios para resolver el problema de Dios y que la única forma segura de no resolverlo mal, lo que me parecía el peor de los males, era no plantearlo"<sup>3</sup>.

No obstante ella misma le explica cómo había sido tomada por Dios a través de tres contactos cruciales con el catolicismo:

"después del año de estancia en la fábrica, antes de volver a la enseñanza, mis padres me llevaron a Portugal; allí los dejé para volver sólo a una pequeña aldea. *Tenía el alma y el cuerpo hechos pedazos; el contacto*

2 WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, Editorial Trotta, Madrid 1993, *Prefacio*, p. 17.

3 WEIL, Simone, *Opus cit.*, pp. 37 ss.

*con la desdicha había matado mi juventud...* Sabía muy bien que había mucha desdicha en el mundo, esta obsesionada con ella, pero nunca la había constatado mediante un contacto prolongado. Estando en la fábrica... la desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma"<sup>4</sup>.

Retomando su primer encuentro con el catolicismo en Portugal, en el verano de 1935, Simone cuenta cómo llegó a ese pequeño pueblo portugués con el ánimo y el cuerpo en condiciones desastrosas. Narra cómo era el pueblo y lo que encontró en él:

"el pueblo estaba al borde del mar. Las mujeres de los pescadores caminaban en procesión junto a las barcas; portaban cirios y entonaban cánticos, sin duda muy antiguos, de una tristeza muy desgarradora. Nada podía dar una idea de aquello. Jamás he oído algo tan conmovedor, salvo el canto de los sirgadores del Volga. *Allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo era por excelencia la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos*"<sup>5</sup>.

Su segundo contacto con el catolicismo tuvo lugar en Italia:

"en las cartas que envía a sus amigos y familiares relata una estancia agradable y feliz en este país. Visita Milán, Bolonia, Roma y finalmente Asís. En las ciudades italianas visita museos, iglesias, asiste al teatro y al cine, acude a conciertos, etc. En la capilla de Santa María degli Angeli de Asís tiene lugar su segundo contacto con el catolicismo"<sup>6</sup>.

4 Ibid., p. 40, Simone se refiere aquí a su experiencia como obrera en la fábrica Alsthom de componentes eléctricos, en las forjas de Basse-Indre y en la parisina Renault. Así lo relata la biografía de Anna Berenguer: "por medio de Souvarine conoce a Detoeuf y éste le permite trabajar en su fábrica de Alsthom. Allí empieza el 4 de diciembre. Su año de fábrica la familiarizará también con los obreros y el personal cualificado de J.J. Carnaud et Forges y de la Renault donde obtiene un puesto gracias a Simone Pétrement. En el *Journal d'usine* (1934-1937) luego publicado con el título de *La condición obrera*, relata sus experiencias con descripciones minuciosas, desarrolla sus pensamientos y expone las características de su trabajo... El año en las fábricas ha procurado a Weil un bagaje de experiencia suficientemente significativo para su vida y su pensamiento... *La experiencia del sufrimiento* no ha sido para ella menos importante que las reflexiones teóricas que ha podido reformular; cree que puede, a través de ella, reconstituirse la dignidad del ser humano que trabaja", BERENGUER, Anna: "Biografía de Simone Weil" en WEIL, Simone: *Descifrar el silencio del mundo*, edición de REVILLA, Carmen, Editorial Trotta, Madrid, 1995, p.24.

5 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 40.

6 BERENGUER, Anna, *Opus cit.*, p. 28.

La propia Simone nos lo cuenta de una forma sencilla y escueta:

“en 1937 pasé en Asís dos días maravillosos. Allí, sólo en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa María degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde tan a menudo rezó san Francisco, *algo más fuerte que yo me obligó por vez primera en mi vida, a ponerme de rodillas*”<sup>7</sup>.

En el año 1938 pasa la Semana Santa en Solesmes<sup>8</sup>, siguiendo los oficios. A mi modo de ver este encuentro es el de más peso pues en él se le muestra con nitidez lo que para ella va a ser la clave de su pensamiento: *el amor a Dios y su relación con la desdicha, con el sufrimiento propio y el de miles de desheredados e inocentes de la Tierra*. Los oficios eran solemnes y los cánticos llegaban a los recovecos más profundos del alma. No es la primera vez que la belleza de los cantos y de las ceremonias religiosas avivan los sentimientos más profundos de las personas<sup>9</sup> Simone Weil atormentada por agudos dolores de cabeza sentía por contraste y con más viveza la belleza de los cantos y de las palabras:

“En 1938 pasé diez días en Solesmes, del domingo de Ramos al martes de Pascua, siguiendo los oficios. Tenía intensos dolores de cabeza y cada sonido me dañaba como si fuera un golpe; un esfuerzo extremo de atención me permitía salir de esta carne miserable, dejarla sufrir sólo, abandonada en su rincón, y encontrar una alegría pura y perfecta en la insólita belleza del canto y las palabras. Esta experiencia me permitió comprender mejor, por analogía, *la posibilidad de amar el amor divino a través de la desdicha*. Evidentemente, en el transcurso de estos oficios, el pensamiento de la Pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre”<sup>10</sup>.

Desde entonces su principal foco de atención: el sufrimiento de los otros, observado en las horribles condiciones de trabajo en las fábricas, pasó a ser no sólo un problema que exigía una solución sindical y política sino y sobre todo a ser algo enlazado profundamente con una forma de vida religiosa.

7 WEIL, Simone: *Opus cit.*, pp. 40-41.

8 Población de Francia (Serthe). Abadía benedictina (siglo XI), una de las principales de Europa. Centro litúrgico, sobre todo en lo referente a los estudios sobre el canto gregoriano. *El pequeño Espasa*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid 1989.

9 André Maurois en su biografía sobre Marcel Proust dice lo siguiente: “no obstante, aunque Proust no fuese de aquellos que, como Mauriac dice, saben lo que es verdad, mostró en su infancia un sentido muy vivo de la belleza de las iglesias y de la poesía de las ceremonias religiosas”. MAUROIS, André, *En busca de Marcel Proust*, Ed. Espasa-Calpe Argentina, S.A., Buenos Aires, 1958, p.18.

10 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 41.

Ya tenemos esbozada la preocupación fundamental de Simone: *el sufrimiento de los otros y su religación con lo divino, con la compasión y con la apertura hacia la miseria encarnada en la desgracia ajena*. Este es el talante de la filosofía religiosa de Weil. Su compromiso abarcaba el ámbito social y sindical enlazándolo con el religioso. La sindicalista echaba el ancla en las alturas de lo trascendente.

Con estos presupuestos cualquiera podría pensar que la conversión al catolicismo de Simone sería inmediata. Su vida, paradoja encarnada, tuvo repercusión también en esta perspectiva. Simone Weil se sentía cristiana pero sin pertenecer de hecho a la Iglesia. Muchos obstáculos se interponían a su parecer en el camino, formulados con claridad en su obra *Carta a un religioso* dirigida al padre Couturier en 1942.

En una carta enviada al padre Perrin con fecha del 10 de enero de 1942 le dice:

*“creo que la voluntad de Dios no es que yo entre en este momento en la Iglesia. Pues como ya le dije antes, y sigue siendo verdad, la inhibición que me retiene no se deja sentir con menos fuerza en los momentos de atención, de amor y de oración que en los restantes. Y, no obstante, he experimentado una gran alegría oyéndole decir que mis pensamientos, tal como se los he expuesto, no son incompatibles con la pertenencia a la Iglesia y que por consiguiente no le soy extraña en espíritu”<sup>11</sup>.*

Del mismo modo en su carta autobiográfica al padre Perrin, de la que vengo hablando, reitera la misma idea:

*“hasta ahora, aunque a menudo me haya planteado la cuestión durante la oración, durante la misa, o a la luz del resplandor que queda en el alma después de la misa, jamás he tenido, ni tan sólo una vez, ni siquiera un segundo, la sensación de que Dios me quisiera en la Iglesia. Ni siquiera he tenido nunca una sensación de incertidumbre. Creo que en este momento puedo, por fin, concluir que Dios no me quiere en la Iglesia... No lo quiere al menos por ahora. Pero, a no ser que me equivoque, me parece que su voluntad es que permanezca fuera también en el futuro, salvo, quizás, en el momento de la muerte”<sup>12</sup>.*

11 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 27.

12 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 45.

En *Carta a un religioso* dice: “A medida que crece (la intensidad de amor y atención) los lazos que me unen a la fe católica se tornan cada vez más fuertes, cada vez más profundamente arraigados en el corazón y en la inteligencia. Pero al mismo tiempo los pensamientos que me alejan de la Iglesia ganan también en fuerza y claridad. Si estos pensamientos son verdaderamente incompatibles con el hecho de pertenecer a la Iglesia, hay pues, muy poca esperanza de que yo pueda participar alguna vez en los sacramen-

Es extraña su postura, aunque muy respetable. Sus motivos más hondos los expone en la citada *Carta a un religioso*, aunque también en su carta autobiográfica podemos vislumbrar algunos de los obstáculos intelectuales que la retienen fuera de la Iglesia.

Además de las cartas, "A la espera de Dios" contiene unos ensayos, algunos de los cuales muy significativos con respecto al tema principal de Weil, el amor a Dios y al prójimo desdichado.

En su ensayo, *Formas del amor implícito a Dios*, es decir, medios indirectos a través de los cuales podemos empezar a amar a Dios, Weil señala los siguientes:

"el amor implícito a Dios no puede tener más que tres objetos inmediatos, las únicas cosas de este mundo en que Dios está realmente presente, aunque de forma velada. Estos objetos son las ceremonias religiosas, la belleza del mundo y el prójimo, a los que corresponden sendas formas de amor"<sup>13</sup>.

Simone añade otra forma implícita que es la amistad:

"que rigurosamente hablando, debe ser diferenciada de la caridad para con el prójimo"<sup>14</sup>.

Se trata de un amor indirecto a Dios, velado, y a veces el único que se puede alcanzar, pues el amor directo a Dios en esta vida está reservado a muy pocas personas. Simone sigue diciendo:

"el conjunto de ellas (formas implícitas del amor a Dios) constituye el amor a Dios en la forma que conviene al período preparatorio, en forma velada. Cuando en el alma surge el amor a Dios propiamente dicho, no desaparecen sino que se hacen infinitamente más fuertes y todo ello en conjunto configura un único amor. Pero la forma velada de amor lo precede necesariamente y es con frecuencia la única que impera en el alma durante un tiempo prolongado. En muchos casos quizás hasta la muerte. Este amor velado puede alcanzar un grado muy alto de pureza e intensidad"<sup>15</sup>.

Simone empieza hablando del amor al prójimo. A mi modo de ver es aquí donde lleva a cabo sus más profundos y conmovedores análisis. Comienza refiriéndose a Cristo y cómo Él a sus benefactores los llamaba justos, es decir, en un prin-

tos. Si es así, *no veo cómo no concluir que mi vocación es ser cristiana fuera de la Iglesia*". Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954 pp. 8 y 9.

13 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 87.

14 Ibid.

15 Ibid., pp. 87 y 88.



cipio no había distinción entre justicia y caridad. Esa distinción estaba presente en muchas culturas incluso entre nosotros. Muchas culturas que no conocían el cristianismo, practicaban una concepción de la justicia como algo que sólo se podía dar entre iguales y consideraban posible que el más fuerte se impusiera al más débil, dado que entre desiguales no podía mediar la justicia. Es el caso que trae a colación Simone sacado del propio Tucídides, a propósito del *ultimatum* dado por los atenienses a los habitantes de la isla de Melos aliada con Esparta, enemiga de Atenas y en guerra con ella misma. La historia terminó en una masacre a la isla de Melos.

Lo meritorio es hacer coincidir justicia y caridad, es lo que Simone denomina "justicia sobrenatural" y aparece cuando entre las dos partes hay desigualdad, es decir, una de las partes es fuerte y la otra débil.

Una persona actúa con justicia sobrenatural según Weil, con amor al prójimo, cuando sabiéndose poderosa y fuerte frente a otra impotente y débil, se conduce como si entre ellas hubiese una total igualdad:

"aquel que trata como iguales a quienes la relación de fuerzas coloca muy por debajo de él, les hace realmente el don de la condición de seres humanos, de la que la suerte les privaba. Reproduce a su nivel, en la medida en que tal cosa es posible para una criatura, la generosidad original del Creador"<sup>16</sup>.

Profundas frases y cuya aplicación tan necesaria sería en un mundo en el que realmente no existe la igualdad entre los seres humanos y en el que la justicia humana en tantas ocasiones se decanta a favor de los poderosos.

La persona poderosa que trata a la débil como igual reproduce en sí la justicia sobrenatural, pero queda por ver la repercusión de la misma en aquella que la recibe:

"para el inferior así tratado, la virtud sobrenatural de la justicia consiste en no creer que existe verdadera igualdad de fuerzas, en reconocer que la generosidad del otro es la única causa de ese tratamiento. Es esto lo que se llama gratitud"<sup>17</sup>.

Así resulta un binomio inseparable, el de la compasión por parte de la persona fuerte y el de la gratitud por parte de la persona débil. Evidentemente la actitud de la persona débil es más normal, mientras que la de la fuerte es incluso contraria a lo natural. Entre ambas, dice Simone, se establece una unión que pasa *por el consentimiento a la desdicha*:

16 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 91.

17 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 90.

“el desdichado y su benefactor, entre quienes la diversidad de fortuna establece una distancia infinita, son uno en ese consentimiento. Hay entre ellos amistad en el sentido pitagórico, armonía milagrosa e igualdad. Al mismo tiempo, uno y otro reconocen desde el fondo de su alma que es mejor no ejercer dominio aunque se tenga poder para hacerlo”<sup>18</sup>.

Para Simone cuando se ama a un desdichado, a un ser digno de compasión y que provoca compasión, Dios, su amor está presente:

“la compasión y la gratitud descienden de Dios, y cuando se encuentran en una mirada, Dios está presente en el punto en el que las miradas se encuentran”<sup>19</sup>.

Estos textos de Simone Weil tienen su paralelismo en los textos escritos por Max Scheler en su obra *“El resentimiento en la moral”*. Scheler quiere, en contra de la tesis de Nietzsche, resaltar que el amor cristiano no es fruto del resentimiento y al mismo tiempo opone el amor griego, platónico principalmente, al amor cristiano, este último lo considera su total inversión:

“aquí (en el amor cristiano) se vuelve descaradamente la espalda al axioma griego, según el cual el amor es una aspiración de lo inferior a lo superior. A la inversa, el amor debe mostrarse justamente en el hecho de que lo noble se rebaje y descienda hasta lo innoble, el sano hasta el enfermo, el rico hasta el pobre, el hermoso hasta el feo, el bueno y santo hasta el malo y vulgar, el Mesías hasta los publicanos y pecadores –y ello sin la angustia y temor antiguos a perder y volverse uno mismo innoble, sino con la convicción piadosa de conseguir lo más alto en la realización de este acto de “humillación” en este rebajarse a sí propio, en este “perderse a sí mismo”–, con la convicción de hacerse igual a Dios”<sup>20</sup>.

Las tesis de ambos autores confluyen en una misma idea: por justicia sobrenatural, por amor cristiano, el fuerte, el rico, el poderoso se iguala con el pobre, el débil y el desdichado. Así continúa Scheler:

“el fuerte, el rico, tiene por punto interno de partida y por fuerza motriz un poderoso sentimiento de la seguridad, firmeza, íntima salud e invencible plenitud de la propia existencia y vida; y de todo esto surge entonces la clara conciencia de poder dar algo del propio ser y de la propia abundancia. Aquí, el amor, el sacrificio, el auxilio, el inclinarse hacia el más

18 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 93.

19 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 95.

20 SCHELER, Max, *El resentimiento en la moral*, Caparrós editores, colección Esprit, Madrid 1993, cap. III, *La moral cristiana y el resentimiento*. p. 72.

humilde y más débil, es un espontáneo desbordamiento de las fuerzas que va acompañado de beatitud y reposo íntimo”<sup>21</sup>.

Por último para Scheler:

“la persona se sacrifica y presta auxilio a esta vida manca, no a causa, sino a pesar de esos valores negativos; le ayuda para que desenvuelva lo que haya todavía de sano en ella, los valores positivos que encierre todavía”<sup>22</sup>.

Estas palabras nos recuerdan a las de Weil, según las cuales, el compasivo restituye a los débiles y a los desdichados su condición de seres humanos.

No cabe duda de que estos planteamientos constituyen una verdadera revolución en el ámbito de las relaciones humanas y en nuestra concepción de Dios y de su relación con nosotros. No cabe pensar aquí en un Dios dominador y guerrero del que tanto abomina Simone Weil, sino sólo en un Dios amor que siente compasión por sus criaturas y nos iguala a través de su amor.

Una segunda forma implícita de amor a Dios que cita Weil es “el amor al orden del mundo y a su belleza”. Este camino ha sido recorrido tanto por filósofos como por místicos. El mundo ya desde la Antigüedad clásica griega se presentaba como una imagen de lo divino. Para Simone:

“Dios trae a la existencia este universo consintiendo en no dominarlo, aunque podría hacerlo, dejando que en su lugar impere, por una parte, la necesidad mecánica asociada a la materia, incluida la materia psíquica del alma y, por otra, la autonomía esencial a los procesos pensantes”<sup>23</sup>.

Dios es el único centro real del universo, y aunque está fuera de él, respeta su autonomía tanto mecánica como la del libre arbitrio humano. El hombre, con frecuencia, quiere ocupar el puesto de Dios y situarse él también, aunque de modo imaginario como el centro del universo. Para Simone se trata de una falsa postura que se convierte en una irrealidad, por ello:

“renunciar a nuestra situación central imaginaria no sólo con la inteligencia sino también con la parte imaginativa del alma, es despertar a lo real, a lo eterno, ver la verdadera luz, oír el verdadero silencio”<sup>24</sup>.

Para Simone la condición necesaria para poder realmente amar el mundo es la de:

21 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 76.

22 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 79.

23 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 98.

24 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 99

“vaciar (cada uno de nosotros) de la falsa divinidad, negarse a sí mismo, renunciar a ser en la imaginación el centro del mundo, comprender que todos los puntos podrían serlo igualmente y que el verdadero centro está fuera del mundo”<sup>25</sup>.

Y sigue diciendo que amar el mundo es:

“dar el consentimiento al reino de la necesidad mecánica en la materia y de la libre elección en el centro de cada alma”<sup>26</sup>.

Cuando nuestro amor se dirige a las personas es caridad para con el prójimo y cuando se orienta a la materia no es otra cosa para Weil que amar el orden del mundo, su belleza. Orden y belleza son para ella términos equivalentes.

A pesar de que Simone reconoce que la raza blanca ha perdido la sensibilidad para con la belleza del mundo y que la está haciendo perder a otras razas y pueblos (quizás este juicio hoy no sea del todo certero, dados los movimientos ecologistas surgidos en Occidente y la afición por la naturaleza y sus bellezas), también se da cuenta de que es casi el único camino, en los países de raza blanca, por el que se podría llegar a Dios, dado que:

“de los otros dos estamos todavía mucho más alejados”<sup>27</sup>.

Es decir, estamos apartados del amor y respeto auténtico por las prácticas religiosas y también lo estamos de la compasión y gratitud en su vertiente sobrenatural. Así dice:

“la belleza del mundo es, en términos generales, la vía más común, más fácil, más natural”<sup>28</sup>.

Para Simone:

“la belleza del mundo es la entrada al laberinto”, ... y si alguien que se decide a entrar “no pierde el valor y continúa caminando, es seguro que llegará al centro del laberinto. Y allí Dios le espera para devorarlo. Luego volverá a salir, pero transformado, convertido en otro ser, tras haber sido comido y digerido por Dios”<sup>29</sup>.

Según Simone la belleza del mundo es un regalo, un don que Dios aporta a su creación. Pero esta belleza del mundo no es algo inherente sin más a la materia sino

25 Ibid.

26 Ibid.

27 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 101.

28 Ibid.

29 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 101s.

que está volcada hacia nuestra sensibilidad. La belleza del mundo se refiere a la estructura corporal y psíquica de los seres pensantes. Se da cuenta de que las bellezas contingentes que aporta el mundo, ella las denomina “bellezas secundarias”, por participar de la belleza, pueden o bien ser un camino que nos abra a la belleza universal, o bien pueden ocultarnos la auténtica belleza que está en el universo en su conjunto y principalmente en Dios que la ha impreso en su creación. La belleza del mundo es nuestro puente de unión con Dios, la auténtica medición:

“ni siquiera las realizaciones más elevadas en la búsqueda de la belleza, por ejemplo en el arte o la ciencia, son realmente hermosas. *La única belleza verdadera, la única belleza que es presencia real de Dios, es la belleza del mundo. Nada más pequeño que el universo es bello*”<sup>30</sup>.

Y en otro texto de su obra *Intuiciones pre-cristianas* en la que comenta algunos pasajes del Banquete de Platón (210 d, 211 a y 211 b) afirma la misma idea. Por su especial forma de expresarla, mantendré el texto original en francés:

“Celui qui contemple avec amour l'ordre du monde parviendra un jour au moment où soudain il contempera autre chose, un beau d'une espèce miraculeuse”<sup>31</sup>

Simone muy influida por el estoicismo, defiende la necesidad de amar este hermoso universo que aquí, en nuestra corporeidad, es nuestra única patria y que por otra parte constituye un deseo del propio Dios que quiere que amemos su creación:

“el universo es una patria porque es hermoso y puede ser amado por nosotros. Es nuestra única patria en nuestra vida. Este pensamiento es la esencia de la Sabiduría de los estoicos. Tenemos una patria celestial. Pero en cierto sentido es demasiado difícil de amar, puesto que no la conocemos; pero, también y sobre todo, es, en otro sentido, demasiado fácil de amar, porque podemos imaginarla como nos plazca. Y así corremos el peligro de amar una ficción. Si el amor a esta ficción es lo bastante fuerte, hace que toda virtud resulte fácil, pero también de escaso valor. *Amemos la patria de aquí abajo*. Esta patria es real. Y se resiste al amor. Es ella la que Dios nos ha dado para que sea amada por nosotros. El ha querido que amarla fuese difícil pero posible”<sup>32</sup>.

30 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 108.

31 WEIL, Simone, *Intuitions pré-chrétiennes*, Editorial Librairie Arthème Fayard, París, 1985, pp. 90 y 91.

32 WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, pp. 109 y 110.

El mismo san Agustín que, sin haber desarrollado teóricamente las vías a través del mundo para llegar a Dios, señala esta misma, la del orden y belleza del mundo como plataforma de acceso a la razón eterna, es decir, al propio Dios:

“veamos cómo la razón puede progresar, escalando de lo visible a lo invisible, de lo temporal a lo eterno. Porque no es vano e inútil ejercicio el de la contemplación del cielo, del orden de las estrellas, de la blancura de la luz, de las sucesiones de los días y noches, de los cursos mensuales de la luna, de la cuádruple división de las estaciones del año, en congruencia con los cuatro elementos; de la fecundidad de las semillas, que producen tanta variedad de especies y formas, guardando todas ellas en su género su modo propio y su naturaleza. La contemplación de estas cosas no ha de ser pábulo de una vana y volandera curiosidad, sino escala para subir a lo inmortal y siempre duradero”<sup>33</sup>.

Una tercera forma de amor implícito a Dios señalada por Simone Weil es “el amor a las prácticas o ceremonias religiosas”. No se trata de un amor explícito y directo a Dios sino implícito y mediado. Para que esto sea así, las prácticas y ceremonias religiosas no pueden estar contagiadas de hipocresía o de mero cumplimiento ante el teatro social. Simone habla de la necesidad de que sean puras, esto es, sinceras, para que Dios esté en ellas presente:

“cuando las prácticas religiosas son puras, Dios está presente en ellas de la misma manera que en el prójimo y en la belleza del mundo; no más”<sup>34</sup>.

En las prácticas religiosas hay siempre una referencia, directa o indirecta, a Dios. Por ejemplo, en el cristianismo, durante la Misa, se repite continuamente el nombre de Dios, el de su Sabiduría y Amor. Simone reconoce que:

“toda práctica religiosa, todo rito, toda liturgia, es una forma de recitación del nombre del Señor y debe, en principio, tener una virtud: la virtud de salvar a cualquiera que se entregue a ella con ese deseo”<sup>35</sup>.

Evidentemente esta actitud de respeto y de entendimiento por lo que son las verdaderas prácticas religiosas, puede tener lugar en el seno de cualquier religión. Simone se quejaba, en su tiempo, del escaso estudio comparado de las religiones y afirmaba con fuerza que:

33 SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, XXIX, 52; Cfr.: *Ibid.*, XLIII, 80 y 81.

34 WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, p. 111. Cfr.: GUARDINI, Romano, *El espíritu de la liturgia*, Editorial Araluce, Barcelona 1945.

35 WEIL, Simone, *A la Espera de Dios*, p. 112.

“hay entre las diferentes formas de vida religiosa, como compensación parcial de las diferencias visibles, ciertas equivalencias ocultas que quizá el más fino discernimiento sólo puede vislumbrar”<sup>36</sup>.

Sin negar que haya diferencias entre las religiones y que incluso algunas de ellas no sean muy aptas para pronunciar el nombre de Dios, o incluso haya en ellas corrupciones, también encontramos en su interior una vía de acceso a Dios. Para Simone, cada persona desde su religión puede llegar a Dios, por ello no es nada amiga del cambio de religión a menos que ese cambio venga impulsado por el propio Dios:

“cuando se ha nacido en una religión que no es demasiado impropia para la pronunciación del nombre del Señor, cuando se ama esa religión natal con un amor bien orientado y puro, es difícil concebir un motivo legítimo para abandonarla, antes de que un contacto directo con Dios someta al alma a la propia voluntad divina. Más allá de este umbral, el cambio no es legítimo más que por obediencia”<sup>37</sup>.

Y sigue insistiendo en la misma idea:

“con gran frecuencia, quizá siempre, el alma que ha llegado a las regiones espirituales más altas es confirmada en el amor a la tradición que le ha servido de escala”<sup>38</sup>.

Para Simone, sólo en casos excepcionales puede ser conveniente cambiar de religión, pero nunca debido a una presión oficial propiciada por países conquistadores. Quizás por este planteamiento, Simone es tremendamente crítica con las misiones, aunque en la mayoría de los casos, por lo menos en nuestra historia reciente, han llevado a cabo una labor humanitaria en los países del Tercer Mundo sin menoscabo de mostrar su fe católica. Simone tenía muy a flor de piel las tropelías históricas cometidas por una mala comprensión de la necesidad de transmitir el mensaje cristiano.

¿Por qué en esencia las prácticas religiosas son eficaces? Porque son puras y la pureza de las mismas es eficaz en la destrucción del mal. Así afirma taxativamente:

“las cosas religiosas son puras por derecho... su pureza es incondicionada”<sup>39</sup>.

36 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 113.

37 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 114.

38 Ibid.

39 Ibid.

Y continúa:

“la pureza de las cosas religiosas se manifiesta casi siempre bajo la forma de belleza cuando la fe y el amor no están ausentes. Así, las palabras de la liturgia son maravillosamente bellas; y sobre todo es perfecta la oración que para nosotros salió de los propios labios de Cristo [se refiere al Padre Nuestro]”<sup>40</sup>.

Como ella misma lo ha contado en su autobiografía, la belleza y la solemnidad de la liturgia le acercó al cristianismo, en concreto cuando pasó la Semana Santa en Solesmes siguiendo los oficios, que se llevaban a cabo con gran boato y perfección.

A muchos otros filósofos les ha ocurrido algo parecido. El propio san Agustín se sintió cautivado por la belleza de los cantos y por la armonía y contenido de las palabras de san Ambrosio, obispo de Milán, que no cabe duda le llevaron a su propia conversión<sup>41</sup>.

Retomando de nuevo las palabras de Simone, se puede decir que para ella las ceremonias religiosas no sólo son puras “per se” sino que tienen la virtud de destruir el mal. Esta es una idea querida para Simone. Para ella sólo lo perfecto, lo divino, es capaz de disminuir el mal que hay en cada uno de nosotros y en el mundo. De ahí su ración de escepticismo para con la justicia humana, que por imperfecta, no es idónea para erradicar el mal y muchas veces tampoco cumple su función de disminuirlo. Así por ejemplo Simone menciona la “Eucaristía” diciendo que:

“cuando un ser humano dirige su mirada y su atención sobre el Cordero de Dios presente en el pan consagrado, una parte del mal que lleva dentro de sí va hacia la pureza perfecta y queda allí destruida”<sup>42</sup>.

Si no fuera así, si sólo estuviera a nuestro alcance una pureza finita, no podríamos liberarnos del mal. Como consecuencia, la justicia humana, finita, no sólo no es capaz de ir eliminando con el tiempo todo mal sino que a veces en su contacto continuo acaba siendo devorada por él mismo:

“la justicia penal proporciona una espantosa ilustración de esta verdad. En principio se trata de algo bueno que tiene por objeto el bien, pero es una pureza imperfecta, finita, humana. *El contacto ininterrumpido con la*

40 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 115.

41 Cfr., COURCELLE, Pierre, *Recherches sur les Confessions de Saint Augustin*, éditions E. De Boccard, París 1968, III *Les débuts d'Augustin à Milan*.

42 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 117; “El mal que hay en nosotros sólo puede verse disminuido por la mirada dirigida hacia una cosa perfectamente pura”, *Pensamientos desordenados*, Editorial Trotta, Madrid 1995, p. 35.



*mezcla de crimen y desdicha agota esa pureza* y establece en su lugar una mancha semejante a la totalidad del crimen, una mancha que sobrepasa con mucho la de un criminal particular<sup>43</sup>.

Palabras escalofrantes acerca de nuestra incapacidad humana para llevar a cabo una justicia plena en el mundo, que por desgracia, día a día, podemos comprobar en nuestras vidas. Debemos pues poner nuestra mirada y atención de continuo en la justicia divina con el fin de que el mal poco a poco vaya desapareciendo de nosotros y por consiguiente del mundo:

“cuando se ha aprendido a dirigir la mirada a la pureza perfecta, sólo la duración limitada de la vida humana impide estar seguro de que, a menos de traición, se alcanzará aquí abajo la perfección. Somos seres finitos y también el mal en nosotros es finito. La pureza que se ofrece a nuestros ojos es infinita. Por poco mal que destruyésemos en cada mirada, sería indudable, si no hubiese límite de tiempo, que repitiendo la operación con la frecuencia suficiente llegaría el día en que todo mal habría sido destruído. Habríamos llegado entonces al extremo del mal, según la espléndida expresión de la Bhagavad-Gita. Habríamos destruído el mal para el Señor de la Verdad y le llevaríamos la verdad, como dice el Libro de los Muertos egipcios<sup>44</sup>”.

Evidentemente, todas estas formas de amor a Dios son mediáticas, es decir que no tenemos todavía un contacto directo y personal con Dios. Para muchos no llegará tal altura espiritual y para otros el amor a Dios será personal e impersonal a la vez, mediatizado también por las personas y cosas del mundo.

Simone Weil y como algo realmente que sorprende y emociona a la vez, añade a las tres formas de amor implícito a Dios, *la amistad*, un valor resaltado sin duda por muchos filósofos que comparten con Simone la alta estima que por ella tiene<sup>45</sup>.

Por ejemplo, para san Agustín la verdadera amistad debe de estar fundada en Dios y es un modo por el que se manifiesta el amor a Dios. En esta misma dirección se mueve el pensamiento de Simone Weil. Para ella la amistad refleja de alguna forma el amor divino:

“pero hay un amor personal y humano que es puro y que encierra un sentimiento y un reflejo del amor divino. Es la amistad<sup>46</sup>”.

43 WEIL, Simone, *Opus cit.*, *Formas del amor implícito a Dios*, p. 117.

44 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 118.

45 Véase, Platón, *Lysis o de la amistad*, SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, IV, 4, 7 y 9.

46 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 122.

¿Cómo define la amistad Simone? Para ella y siguiendo la tradición pitagórica:

“la amistad es una igualdad hecha de armonía”<sup>47</sup>.

¿Por qué hay igualdad y armonía en la amistad?:

“hay armonía porque hay unidad sobrenatural entre dos contrarios que Dios ha combinado al crear el mundo y los hombres. Hay igualdad porque se desea la conservación de la facultad de libre consentimiento en sí mismo y en el otro”<sup>48</sup>.

En un mundo como el de hoy, en el que muchas personas tratan a otros como si de su feudo personal se tratase, cuánta falta hace el establecer una relación entre personas que a la vez que las una, las separe en su justa y merecida independencia. El respeto a la otra persona y a su libertad es la clave de toda verdadera relación humana y de la auténtica convivencia. Indudablemente es muy difícil que una meta tan alta se consiga a menos que Dios esté mediando en dicha relación, es decir, que una tal relación sea un reflejo de la relación que existe en el interior de la propia divinidad.

Cuando impera la desigualdad entonces no hay amistad, en todo caso podrá haber dominio, o en el peor de los casos esclavitud Simone así lo dice:

“no hay amistad en la desigualdad. Una cierta reciprocidad es esencial en la amistad”<sup>49</sup>.

Y continúa:

“si en una de las partes no hay respeto hacia la autonomía de la otra, ésta debe cortar el vínculo por respeto a sí misma... una amistad está manchada desde que la necesidad prevalece, aunque sea por un instante, sobre el deseo de conservar en uno y en otro la facultad de libre consentimiento”<sup>50</sup>.

Es evidente que para llegar a una meta tan elevada, sea precisa una clase de virtud que para Simone es sobrenatural, en paralelo a la justicia sobrenatural que orienta la relación con los más desfavorecidos socialmente. Así señala lo siguiente:

47 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 124.

48 Ibid.

49 WEIL, Simone, *Opus cit.*, pp. 124 y 125.

50 Ibid., p. 125. “Sea amistad, relación maternofamiliar o amor sexual, *nada conviene al amor tanto como la plenitud personal de la persona amada...* La posesión de la realidad de una persona rectamente amada tiene como condición primaria el respeto de su libertad. LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Idea del hombre*, Editorial Círculo de Lectores, Barcelona 1996, p. 171.

“por esta virtud sobrenatural de respeto a la autonomía humana, la amistad es muy semejante a las formas puras de la compasión y la gratitud suscitadas por la desdichada”<sup>51</sup>.

La amistad humana es en definitiva, un reflejo terreno, finito, de la amistad existente entre las tres Personas divinas de la Trinidad cristiana. Es una perspectiva muy elevada desde la que Simone nos muestra la amistad:

“la amistad pura es una imagen de la amistad original y perfecta que es la Trinidad y que es la misma esencia de Dios. *Es imposible que dos seres humanos sean uno y sin embargo respeten escrupulosamente la distancia que les separa, si Dios no está presente en cada uno de ellos.* El punto de encuentro de las paralelas está en el infinito”<sup>52</sup>.

Para terminar con el tema de la amistad, Simone observa un aspecto de Dios ya atisbado por muchos santos y gente corriente que se ha propuesto vivir su vida en cercanía a la divinidad. Me estoy refiriendo al hecho de que Dios mismo es considerado por Simone como el amigo más íntimo:

“Dios es también el amigo por excelencia. Para que pudiera haber entre él y nosotros, a través de la distancia infinita, algo parecido a una igualdad, ha querido poner en sus criaturas algo de absoluto, la libertad absoluta de consentir o no a la orientación que nos imprime hacia él”<sup>53</sup>.

Todas estas formas de amor implícito a Dios no desaparecen cuando alguna persona alcanza una relación directa con Dios en esta vida, todo lo contrario, es en ese momento en el que alcanzan su verdadera realidad o su auténtico valor<sup>54</sup>.

### 3. La desdicha

Una importantísima temática que quisiera entresacar de este libro y que como dije al principio, está en la base del pensamiento weiliano, *es la desdicha humana tan asumida por Simone y su relación con lo divino, con el propio Dios.*

Ella supo captar como muy pocos, el verdadero alcance de la desdicha, que es más que sufrimiento y darle una posible respuesta que trascendiera lo humano y lo temporal, enlazándolo con lo divino e intemporal. Pocas personas como ella han tenido una capacidad espiritual tan fina y exacta para descubrir en las diversas situaciones la faz de la desdicha.

51 Ibid.

52 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 126.

53 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 130.

54 Cfr., *Ibid.*, p. 130.

Simone describe en primer lugar la desdicha como algo distinto al sufrimiento:

“en el ámbito del sufrimiento, la desdicha es algo aparte, específico, irreductible; algo muy distinto al simple sufrimiento. *Se adueña del alma y la marca, hasta el fondo, con una marca que sólo a ella pertenece, la marca de la esclavitud*”<sup>55</sup>.

En segundo lugar la define como:

“un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte”<sup>56</sup>.

El desdichado vive apenas con la mitad de su alma. Pero ¿cuándo aparece la desdicha, cuándo podemos decir que hay desdicha en una persona?:

“sólo hay verdadera desdicha si el acontecimiento que se ha adueñado de una vida y la ha desarraigado la alcanza directa o indirectamente en todas sus partes, social, psicológica, física”<sup>57</sup>.

¿Y cual es la consecuencia espiritual?

“la desdicha hace que Dios esté ausente durante un tiempo, más ausente que un muerto, más ausente que la luz en una oscura mazmorra. Una especie de horror circunda toda el alma y durante esta ausencia no hay nada que amar. Y lo más terrible es que si, en estas tinieblas en las que no hay nada que amar, el alma deja de amar, la ausencia de Dios se hace definitiva”<sup>58</sup>.

No obstante, cabe para Simone una salida liberadora de la desdicha para la persona que en ella se encuentra sumida. Para ella la escapatoria sólo puede estar en Dios, en que el alma siga orientada a Él y no pierda su mirada hacia lo alto. De esta forma conseguirá su auténtica liberación, la más profunda que sólo de la ayuda divina y no humana le puede venir:

“es preciso que el alma continúe amando en el vacío, o que, al menos, desee amar, aunque sea con una parte infinitesimal de sí misma. Entonces vendrá un día a mostrársele y a revelarle Dios la belleza del mundo, como ocurrió en el caso de Job”<sup>59</sup>.

55 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 75.

56 Ibid.

57 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 76.

58 Ibid.

59 Ibid.

Para Simone, las personas que han sido golpeadas por la desdicha, están al igual que Cristo al pie de la cruz:

*“aquél cuya alma permanece orientada hacia Dios mientras está atravesada por un clavo, se encuentra clavado en el centro mismo del universo... por esta dimensión maravillosa, el alma puede, sin dejar el lugar y el instante en que se encuentra el cuerpo al cual está ligada, atravesar la totalidad del espacio y el tiempo y llegar a la presencia misma de Dios”<sup>60</sup>.*

He aquí esbozado otro camino de acceso a Dios, tan necesario como el de la alegría y el del gozo ante la contemplación de la belleza del universo. Según Weil, el universo hecho de necesidad y de libertad exige en sí mismo no sólo la decisión libre sino la obediencia a la necesidad que a veces encadena al alma en la desdicha. Cuando ésta es capaz de seguir mirando hacia arriba, a través de la boca que el pozo oscuro en el que se encuentra tiene, entonces será idónea para contemplar la belleza de las estrellas y seguirá conservando la esperanza de su salida y el amor, alimentados por la fragua del dolor, del sufrimiento y de la desdicha. Y es que, por mucho que los hombres y mujeres queramos cambiar nuestro mundo como desea el poeta Hölderlin por boca de Hiperión:

*“¡que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los empleos, ¡que cambie todo en todas partes!”<sup>61</sup>.*

Nunca nos podremos liberar de la desdicha en algún momento de nuestra vida, la cual forma parte de nuestra naturaleza finita y contingente. Pero sí podemos estar más allá de ella mirando la belleza y el resplandor del cielo estrellado.

En sus “Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y la desdicha”, publicadas en su libro *Pensamientos desordenados*, da un giro insospechado en su apreciación de la desdicha, en concreto en sus receptores, en los que la padecen. Para Simone los desdichados lo son no sólo de un modo azaroso e incluso injusto, sino que de alguna forma se han hecho acreedores de la misma, por su complicidad con el crimen, por su cobardía al no denunciar situaciones injustas desde el punto de vista de los derechos humanos. Podemos recordar en la Historia cuánta complicidad hubo en el régimen nazi, aún a sabiendas de algunos de los enormes crímenes que en nombre de la raza aria se cometían o de los expolios llevados a cabo de las propie-

60 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 85.

61 HÖLDERLIN, Friedrich, *Hiperión o el eremita en Grecia*, Editorial Libros Hiperión, Madrid, 1998, I, 2 p. 125.

dades ajenas. No obstante, la concepción del sufrimiento en Simone, está basada más en el Karma oriental que en el Cristianismo. Así comenta:

“sea cual sea el grado de desdicha en que se está sumido, es eso como mínimo lo que se ha merecido. *Pues antes de ser reducido a la impotencia por la desdicha, se ha sido cómplice por cobardía, inercia, indiferencia o ignorancia culpable, de crímenes que han puesto a otros seres en una desdicha por lo menos semejante.* Probablemente, no se podrían haber impedido por lo general, esos crímenes, pero se les podía haber denunciado... La desdicha que se sufre no es en estricta justicia un castigo demasiado grande para esa complicidad y no se tiene derecho a compadecerse de uno mismo. Sabemos que, al menos una vez, un ser perfectamente inocente sufrió una desdicha peor; es preferible dirigir la compasión hacia él a través de los siglos”<sup>62</sup>.

Además para Simone:

“el conocimiento de la desdicha es la clave del cristianismo”<sup>63</sup>.

Simone entiende por conocimiento el haberla padecido, el haberse encontrado cercado por ella y entonces considerarla como una participación en la cruz de Cristo. Aquí ha llegado, sin saberlo, a una altura casi mística o ascética, de unión con lo divino no sólo a través de la alegría y de lo bello sino a través de la cara más oscura del mundo: la desdicha, que para Weil constituye la necesidad ciega y mecánica del mundo.

La persona que ha pasado por el crisol de la desdicha y en medio de su oscuridad, de su padecimiento e impotencia, ha conservado su mirada puesta en Dios, es decir, en la felicidad, en la Verdad, en la Belleza, es la única capacitada para no sólo acercarse a los desdichados sino para darles su propio ser y proyectarse en ellos. Aquí de nuevo aparecen unas bellas palabras de Simone que nos muestran su talante humano y de verdadera preocupación por sus semejantes:

“el benefactor de Cristo, en presencia de un desdichado, no siente ninguna distancia entre la persona que tiene delante y él mismo: proyecta hacia el otro todo su ser; y desde ese momento el impulso a dar de comer es tan instintivo, tan inmediato, como el de comer uno mismo cuando se tiene hambre... Aquellos a quienes Cristo mostró su agradecimiento son los que dan de la misma forma que comen. Dan otra cosa bien distinta a comida, vestidos o atenciones. *Llevando su propio ser al de aquellos a quienes socorren, le dan por un momento esa existencia de la que el otro*

62 WEIL, Simone, *Pensamientos desordenados*, “Nuevas reflexiones sobre el amor a Dios y la desdicha”, Editorial Trotta, Madrid, 1995, p. 75.

63 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 79.

*está privado por la desdicha... Aquel que proyecta su ser en un desdichado hace nacer en él, por amor, al menos por un momento, una existencia independiente de la desdicha*"<sup>64</sup>.

Y termina diciendo lo que para ella es la fuente de donde el hombre y la mujer compasivos extraen su propia compasión:

"proyectar el propio ser hacia un desdichado es asumir momentáneamente su desdicha, tomar voluntariamente aquello cuya esencia misma consiste en ser impuesto por la fuerza y contra su voluntad... Sólo Cristo lo ha hecho, y los hombres cuya alma está enteramente ocupada por Cristo pueden hacerlo. Éstos, al proyectar su propio ser sobre el desdichado al que socorren, llevan a él, no realmente su ser, pues ya no lo tienen, sino al propio Cristo"<sup>65</sup>.

#### 4. Conclusiones

La filosofía de Simone Weil alcanza su mayor profundidad cuando trata de temas como los que acabo de reseñar, aquellos que más íntimamente afectan al ser humano. Su trayectoria filosófica va profundizando cada vez más en esta línea, aportando nuevas perspectivas y consideraciones que invitan a una reflexión profunda y a la vez comprometida.

Para Simone el sufrimiento y la desgracia son un medio de alcanzar el conocimiento auténtico, la sabiduría. El sufrimiento, la desgracia, la desdicha, correspondían a la ignorancia socrática. En ambos se parte del reconocimiento de los límites humanos.

Sócrates, el viejo maestro, iba enseñando por las calles de Atenas la clave de acceso al saber, "el reconocerse ignorantes" y Simone partía de una realidad palpable y que a todos nos afecta: la desdicha, para mostrarla en su más profunda entidad: la de ser un medio de enlace con la Sabiduría, con lo divino, con Dios. Muchas personas pierden por desconocimiento esta dura y difícil vía de acceso a lo divino que conlleva toda una purificación o catarsis de nuestras debilidades y limitaciones.

En "*Intuiciones pre-cristianas*", al comentar el "*Prometeo*" de Esquilo, y compararlo con la figura de Cristo, dice:

64 WEIL, Simone, *Opus cit.*, p. 81s.

65 Ibid.

“Por el sufrimiento el conocimiento... El cristiano sabe que debe pasar por la cruz para unirse a la Sabiduría divina”<sup>66</sup>.

Querría acabar con unas palabras de la propia filósofa que a mi modo de ver son las que mejor pueden expresar su pensamiento:

“¿Cómo habría de considerar yo la desgracia demasiado grande cuando la mordedura de la desgracia y el rebajamiento a que la misma condena hacen posible el conocimiento de la miseria humana, conocimiento que es la puerta de la sabiduría?”<sup>67</sup>.

66 “Par la souffrance la connaissance... Le chrétien sait de même qu’il doit passer par la croix pour s’unir à la Sagesse divine”, WEIL, Simone.: *Intuitions pré-chrétiennes, Descente de Dieu, Opus cit.*, p. 103.

67 WEIL, Simone, *La gravedad y la gracia, Descreación*, Editorial Trotta, Madrid, 1994, p. 84.